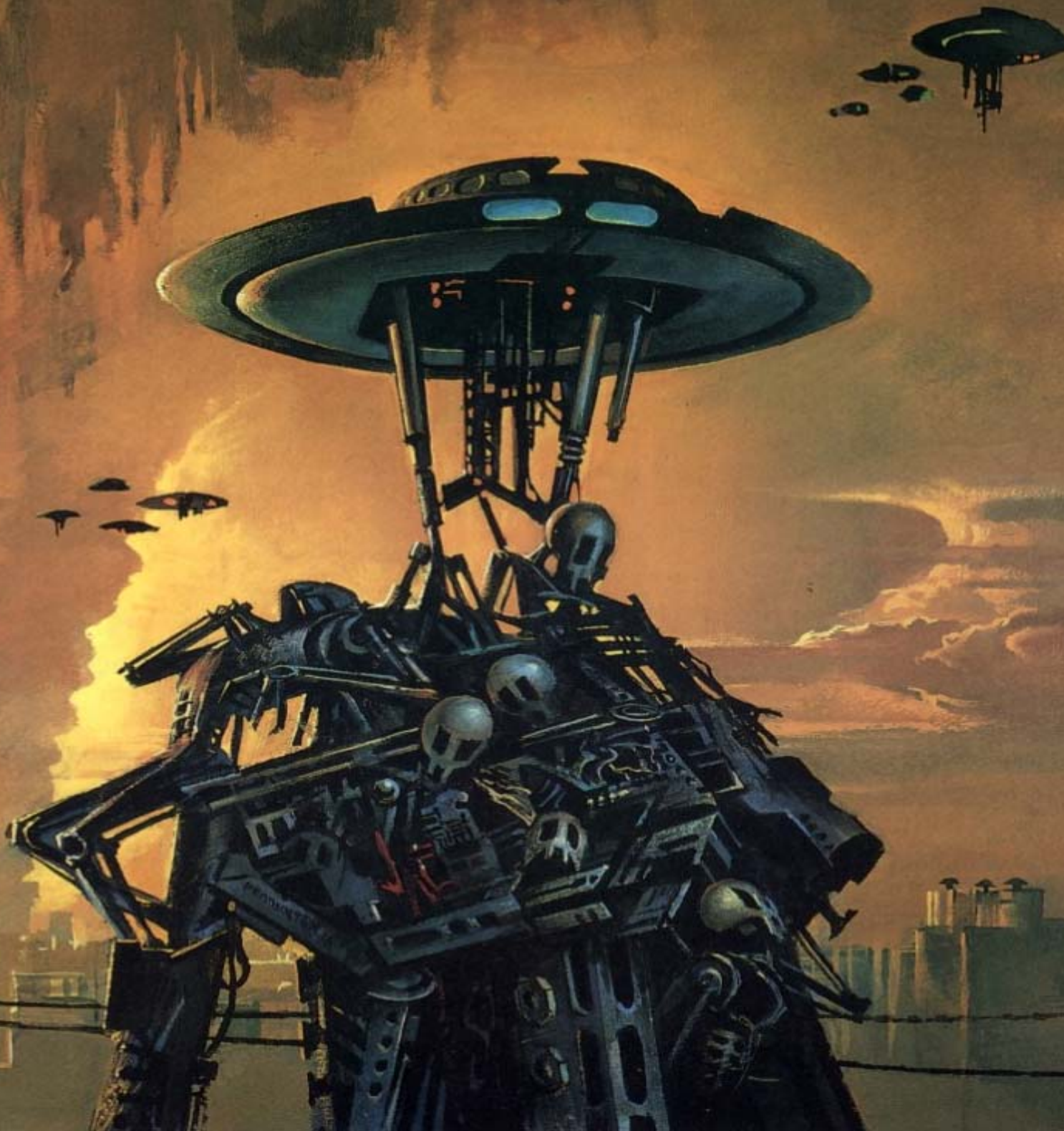


VENUS DESCIENDE

IVAN MOLINA JIMENEZ



VENUS DESCLENDE

Iván Molina Jiménez

Durante mis investigaciones sobre la educación costarricense del período 1850-1950, un documento muy particular -fechado el 12 de mayo de 1911- llamó mi atención. Se trataba de una queja, dirigida al Secretario de Instrucción Pública, por Francisco Peralta, un próspero comerciante de Cartago, ex diputado y colaborador del semanario El Eco Católico. El denunciante, con trazo firme y distinguido, expresaba su

"...profunda indignación porque el señor profesor don Isidro Castro [a cargo de la clase de Ciencias en el Colegio San Luis Gonzaga] designó a mi hijo José para que exponga ante sus compañeros sobre la posibilidad de que seres vivos habiten en otros planetas. Con estas fantasías contrarias a las enseñanzas de la Santa Iglesia, la juventud estudiosa arriesga a perder el rumbo de la verdadera Ilustración y precipitarse en los odiosos abismos de la imaginación sin fe..."

Intenté localizar más información relacionada con el caso, en particular la respuesta del Secretario (Peralta solicitaba que el profesor fuera amonestado y que, si reincidía, se le despidiera); pero mi búsqueda fue infructuosa. Decidí, por tanto, modificar el eje de mi investigación y concentrarme en Castro. ¿Quién era este individuo que, medio siglo antes que la fiebre de los OVNIS llevara a las aulas costarricenses la cuestión de la vida extraterrestre, se atrevió a discutir ese tema, potencialmente escandaloso, con sus alumnos? ¿Cómo fue que un docente que laboraba en un conservador colegio de provincia se interesó por un asunto tan distante de su experiencia cotidiana?

*

De acuerdo con las boletas originales de los censos de 1892 y 1905, Isidro fue el tercero y último hijo de Tomás Castro y Etelvina Pérez. Había nacido el 20 de marzo de 1883 y tenía dos hermanas mayores, Carmen y María, casadas con influyentes y acaudalados exportadores de café. Como único descendiente varón, su padre, un prominente abogado de San José, albergaba la esperanza de que siguiera la carrera de leyes y, a futuro, incursionara en la política; pero el joven tenía otros planes: deseaba estudiar medicina. Puesto que la familia disponía de los recursos suficientes, a mediados de agosto de 1905 viajó a Suiza a cumplir su sueño.

Fascinado por los nuevos descubrimientos científicos y por la lectura de las novelas de Julio Verne y H. G. Wells, Isidro -según lo que relató en una carta dirigida a su primo y confidente, Teófilo Guardia- pronto desertó de la carrera médica y se dedicó a llevar cursos diversos de química, biología, física y astronomía. Pudo ocultar ese "ajuste curricular" por casi un año: a finales de 1906, uno de sus cuñados, que lo visitó de improviso, se percató de lo que ocurría e informó a la familia. Decepcionado y profundamente molesto, Tomás obligó a su hijo a regresar.

El joven, falto de apoyo económico, se resignó a volver, pero no aceptó lo que le ofrecía su progenitor: laborar de escribiente en el bufete e iniciar los estudios de derecho. Con la ayuda de uno de sus tíos, que era diputado, consiguió que lo designaran profesor adjunto de ciencias en el Liceo de Heredia (anteriormente llamado Colegio San Agustín).

La llegada a ese centro educativo, entonces dirigido por el extraordinario poeta modernista Roberto Brenes Mesen, coincidió con el inicio de uno de los principales conflictos culturales que experimentó Costa Rica en el siglo XX. En abril de 1907, los sacerdotes heredianos denunciaron públicamente que, en el Liceo, se exponía la teoría de la evolución, se procuraba descristianizar a los alumnos y se predicaba a favor del amor libre. De tales acusaciones, únicamente la primera era cierta; sin embargo, la confrontación entre católicos y cuerpo docente, en la prensa y en las calles, se intensificó a tal extremo que Isidro, defensor ardiente de una enseñanza completamente laica, fue atacado por desconocidos la tarde de un viernes, al disponerse a tomar el tren a San José, donde pasaría el fin de semana.

Recuperado de sus lesiones, fue trasladado, por orden del Subsecretario de Instrucción Pública, al Colegio San Luis Gonzaga, con el fin de prevenir nuevos ataques. Precedido por la fama de impío y provocador, los cartagineses recibieron a Isidro con amplia desconfianza y, en el periódico local, *El Faro del Irazú*, algunas personas y organizaciones publicaron protestas y auguraron sombríos días para los alumnos y sus padres. Los temores resultaron infundados: decidido a no exponerse otra vez a una experiencia tan difícil como la herediana, el nuevo profesor se esforzó por disipar la mala voluntad existente, a lo que contribuyó su matrimonio con Adela Bonilla, perteneciente a una respetable, aunque no muy acomodada, familia de Cartago.

Excepto por la queja de Peralta, Isidro parece haber tenido una vida tranquila en Cartago. En 1925 retornó a San José, al aceptar un puesto en el prestigioso Colegio Superior de Señoritas, del que se graduaron sus dos hijas. Finalizó su carrera docente en la Universidad de Costa Rica, a la que se incorporó poco después de su apertura (1941), como profesor de la Facultad de Ciencias y Letras. Partidario entusiasta del presidente Rafael Ángel Calderón Guardia, cuyo gobierno (1940-1944) impulsó una de las reformas sociales más importantes de América Latina, falleció de un infarto en 1946, el mismo año en que la política costarricense inició un proceso sostenido de polarización que culminó en la guerra civil de 1948.

Detalladamente documentado, el caso de Isidro podía ser la base para un interesante estudio sobre la enseñanza de la ciencia en el país y su repercusión social. Consideraba la posibilidad de empezar a elaborar un texto acerca de este tema cuando un feliz accidente me llevó por una dirección inesperada. Casi diez meses después de que la queja de Peralta capturara mi imaginación, tuve que participar -en sustitución del moderador, que se excusó por padecer un fuerte resfrío- en una conferencia acerca de la alfabetización urbana y rural en Centroamérica. Al finalizar la actividad, una ex alumna, directora de una importante institución cultural, se acercó para invitarme a conocer una colección, recién adquirida por la entidad a su cargo, compuesta por fotos, periódicos, folletos, revistas y documentos correspondientes a los años 1880-1914.

Acepté encantado y, efectivamente, a los días fui a revisar los materiales. Algunos ya los conocía, pero los demás eran verdaderas joyas: todos los números de *El Defensor de la Democracia*, el periódico que más ampliamente informó sobre la campaña electoral de 1889; un sorprendente álbum de dibujos satíricos que, aunque sin firma, parecían ser obra del célebre artista José María Figuerola; fotografías inéditas de la captura del temido bandolero Pilar Jiménez; cartas

escandalosas escritas por un espía a sueldo del gobierno infiltrado en las organizaciones de artesanos y obreros; los opúsculos apócrifos del clero de San José a favor de la expulsión de los jesuitas; y revistas que, por circular efímeramente, cayeron en el más completo olvido.

Cautivado por tanto tesoro, que prometía modificar decisivamente el conocimiento que se tenía de la Costa Rica de finales del siglo XIX e inicios del XX, no sabía en qué concentrar la mirada. Súbitamente, contuve la respiración por unos segundos: al abrir un modesto folleto de unas treinta páginas, impreso en Cartago -en el taller de la familia Gutiérrez- y fechado en 1910, tropecé con una novela corta, titulada *Venus descende*, escrita por ISCAPE. El pseudónimo no era desconocido para mí: Isidro lo utilizó para firmar las defensas de la educación laica que publicó en los periódicos durante el conflicto de 1907.

*

Inspirada indudablemente por *The War of the Worlds*, de Wells, y quizá también por los *Romances of the Planets*, de Gustavus Pope, Isidro organizó la novela en seis capítulos. El primero empezaba con una extraordinaria explosión que, en la madrugada del 29 de septiembre de 1909, despertaba a los cartagineses. Alarmados, los vecinos descubrían, cerca de la cumbre del volcán Irazú, enormes llamas que, a raíz de la persistente lluvia que acompañó al alba, fueron sustituidas por una columna de humo cobrizo. Decididas a averiguar qué produjo el incendio, las autoridades civiles y militares organizaron una expedición, compuesta por diez soldados, un médico un ingeniero, un periodista y el capitán Moya.

Prácticamente todo el capítulo segundo consistía en una descripción, muy detallada, del ascenso al volcán. En el trayecto, los cuatro personajes principales - caracterizados por su valentía, inteligencia, conocimientos científicos y liderazgo- especulaban sobre el origen del fenómeno. ¿Se trataba de una erupción del Irazú, del estallido de una destilería de licor clandestino o, acaso, de la caída de un meteorito o de un fragmento desprendido del cometa Halley, cuya aproximación al planeta era ya un tema usual en los periódicos? La interesante conversación tuvo un final abrupto: al doblar un recodo, se ofreció a la vista de los expedicionarios una ladera arrasada y, en el fondo de un barranco, los restos de algo que se asemejaba a un buque.

Seguro del suspenso que dominaba la última escena, Isidro inició el capítulo tercero con una poética semblanza de Maximina Giralt, la inteligente, bella y virtuosa prometida del reconocido médico Alejandro Incer. Al término del día, se preparaba la joven para asistir a la misa convocada en la parroquia principal de Cartago para orar por el destacamento que se encontraba en el Irazú, cuando un creciente bullicio la inquietó. Impulsada por una fuerza desconocida corrió a la alcoba de sus padres, ubicada en el otro extremo de la casa, y salió al balcón. En las faldas del volcán, cerca de la cumbre, diminutos y breves resplandores interrumpían la inminencia de la noche. "Parece una batalla", dijo sin inmutarse su abuelo materno, el coronel Bertora, veterano de la guerra de 1856-1857.

Cautelosos y en silencio, los líderes de la expedición, en el capítulo cuarto, examinaron lo que quedaba del vehículo, el cual -según sus cálculos- debió medir unas noventa varas de largo por doce de ancho. Nada de lo que veían les era familiar. El ingeniero Fernández expresó en voz alta la pregunta dominante en las mentes de sus compañeros: "¿Será una nave de otro planeta?" La respuesta vino

en la forma de un leve quejido. Debajo de unos escombros, agonizaba una criatura extraña, enfundada en un traje oscuro. Las extremidades inferiores y superiores eran largas y delgadas, y un tronco muy pequeño y casi sin cuello sostenía una cabeza enorme y redonda. Carecía de frente, barbilla y orejas, los ojos estaban excesivamente separados y, encima de una boca sin labios, se expandía y constreñía un orificio respiratorio. Tenía incrustado un trozo de metal en el vientre, del que fluía un líquido amarillo. El doctor Incer se inclinó para examinar la herida; en ese instante, un soldado cayó al suelo con el pecho perforado por un rayo rojo y el capitán Moya gritó: "cúbranse".

Venus fue imaginado, en el capítulo quinto, como un planeta de agitados océanos, sin continentes y con miles de islas de desigual tamaño y concentradas en el ecuador. El espectacular avance tecnológico logrado por los habitantes exigía recursos crecientes, que la limitada superficie insular era incapaz de proporcionar. Al agravarse el desequilibrio, los diputados y senadores votaron por conquistar la Tierra y exterminar a sus pobladores, considerados una raza inferior por su egoísmo, supersticiones y crueldad. La expansión tendría dos fases: una exploratoria, dirigida a identificar las áreas y sectores más vulnerables, y otra de ataque directo.

Las primeras tres páginas del capítulo sexto fueron ampliamente mutiladas; de lo poco que quedó, se deduce que Isidro las dedicó a relatar el feroz enfrentamiento entre cartagineses y venusianos. La victoria fue para los primeros, con un saldo de dos muertos y tres heridos. Los expedicionarios fueron recibidos como héroes por sus vecinos y, entre misas y desfiles, Cartago concentró la atención mundial (de la que no escapó la esperada boda del doctor Incer con Maximina). Cientos de líderes políticos, militares y científicos visitaron las instalaciones construidas para albergar los restos de la nave y de su tripulación -debidamente preservados- con el fin de estudiarlos y prepararse para enfrentar la amenaza procedente del espacio exterior.

*

¿Por qué la novela de Isidro, pese a constituir un brillante aporte a la temprana literatura costarricense -y a la ciencia ficción de inicios del siglo XX en América Latina- fue completamente olvidada? La explicación quizá esté en un suceso desafortunado. La revista semanal Vanguardia Arielista, publicada en San José, informó en su edición del 29 de abril de 1910 que pronto empezaría a circular una "obra sorprendente, escrita por el joven y erudito profesor Pérez Calderón". De ser exacto tal dato, la etapa final de impresión y encuadernación de Venus descende coincidió con el terremoto que, al caer la noche del cuatro de mayo, destruyó la ciudad de Cartago. El taller de Gutiérrez, que resultó muy afectado por el sismo, fue posteriormente reducido a cenizas por un voraz incendio.

Dado que en esa época no existían verdaderas editoriales en Costa Rica y los escritores debían cancelar de antemano la impresión de sus textos, es verosímil que para Isidro el proyecto de publicar esa novela se convirtiera en un desastre financiero. Las llamas, si las suposiciones expuestas tienen validez, habrían devorado los ejemplares ya listos o en vías de encuadernación, excepto -quizá- unos pocos que le fueron adelantados al autor o escaparon del fuego. Las copias que sobrevivieron difícilmente pudieron atraer el interés de la opinión pública, dominada por el debate acerca de cómo superar una tragedia tan devastadora.

La penúltima página de Venus descende contenía una foto de Isidro (muy serio y con un tupido bigote), algunos datos biográficos, y la siguiente información que, sin duda, será un estímulo para futuras investigaciones:

"El joven Castro Pérez es autor de varios relatos fantásticos-científicos, de los cuales los más conocidos en el país y fuera de él son '*El circo de Marte*', '*Final de luz*' y '*La mujer metálica*'. Actualmente termina una nueva novela, cuyo título provisional promete tardes de delicioso y sano esparcimiento: *De San José al Chirripó en globo*".

FIN